

La expresión debe nacer de la verdad y de la propiedad, dos cualidades que campean en la Imagen Guadalupeana.

Basta contemplarla para sentir los efectos que causa la expresión valiente, suave, armoniosa y relevada de la pintura de una Virgen honesta, cuyo semblante deleita, atrae, roba la atención y deja absorto al ánimo de quien la mira, sin poder articular palabra en un gran rato hasta que, vuelto de aquel éxtasis, prorrumpe más en afectos de admiración que en alabanzas de la obra: de suerte que, como dijo otro autor de cierta Imagen, «no ya los milagros que había obrado, sino su solo aspecto, no dejaba duda de su origen celestial.»

El P. de la Cruz, cuya obra compendió Sánchez, dice: «Tiene la Santísima Virgen tal belleza, tal gracia y hermosura, que da bien á entender que es prodigiosa copia de aquel original á quien San Agustín juzgó digna de ser llamado: *Hermosura de Dios.*»

Tanco dice: «El rostro de la Santísima Virgen es tan bello, y con tanta decencia apacible y modesto, que pone admiración y veneración, y consuela á cuantos lo miran atentamente: habiendo visto de cerca la pintura, me vuelvo á ratificar en que fué pintada milagrosamente.»

D. Miguel Cabrera dice: «El todo de esta pintura salió asombro de perfecciones, pasmo de belleza, suavidad, unión, dulzura y portento del más acendrado primor y valentía que puede imaginarse, como obra de un pincel del cielo que supo unir cuanto tiene de bueno la pintura. Es tal la gracia y hermosura de este virgíneo lienzo, que por más que yo la exagere, no podré decir tanto cuanto ella por sí misma dice á quien tiene ojos y la mira.»

Florescia se expresa así: «Este bulto sagrado, en el todo de él es admirable, y mucho más que bellísimo rostro, hermoso con tan rara modestia, modesto en tan indecible apacibilidad, apacible con una gravedad tan majestuosa que pone admiración, que causa respeto, que llena de consuelo, de esperanza, de alegría y de amor á los que le miran, y parece que se arranca el alma y se abalanza el corazón á mirarla y amarla con mil afectos de ternura.»

Consta por una declaración del P. Oyanguren, mexicano é hijo de padres que fueron contemporáneos del milagro de la Aparición, que admirado de la belleza sobrenatural de la Imagen, nunca pudo lograr formarse de ella una cabal idea, pues nunca tampoco consiguió verla segunda vez con la forma y belleza que había visto su rostro en la primera.

«Es tan superior,—dice Florescia,—la hermosura de su rostro y talle, acompañada de tan extremada modestia y compostura, que arroba los ojos, embelesa el entendimiento y atrae los corazones tan insensiblemente, que lo mismo es poner en ella la vista, que quedar presa en su afecto la voluntad. Muchos santuarios he visto y visitado en Europa, y en ninguno he sentido tan vehemente conmoción como en la Santa casa de Loreto, casa de Dios, puerta del cielo, cuyos umbrales nadie puede pisar sin sentirse penetrado de un santo fervor: sus paredes expiden olor de Santidad, vapores de devoción, y infunden respeto y reverencia. Pero confieso que en ningún otro santuario he sentido tan vivos estos movimientos, como en el de Nuestra Señora de Guadalupe, sin que pueda imputárselo á *afección á la Patria*, porque veo que lo experimentan así todas



»las personas de diversos reinos que la frecuentan.»

Conde y Oquendo hace suyas todas las anteriores maneras de juzgar de la Imagen, y añade que por su parte sólo verá saciada su sed de admirar la Santa Imagen, cuando pueda contemplar el original en la gloria.

Otra señal milagrosa de la Virgen guadalupana, es el haber sido imposible á los más excelentes pintores de ambos mundos sacar una copia puntual de su Imagen.

Aquella modestia de su semblante,—dice D. Cayetano de Torres,—aquel halago de sus ojos, aquella dulzura de sus mejillas, aquella humilde postura de sus manos, aquel ademán de su cuerpo, aquel aire de su talle, aquella gala de su vestido, aquella apacible compostura y raro embeleso del todo, ¿quién podrá copiarlo? Pero concedamos que sea tan feliz algún pincel, que pueda copiar estas perfecciones, ninguno ciertamente lo podrá hacer con aquel garbo, con aquel brillo, con aquel *no sé qué* de particular gracia y encanto que sólo puede darle el pincel divino. Ese esplendor, ese toque de luz, ese barniz incomparable con que Dios, después de haber avivado la hermosura de Judit, la bañó el semblante para que arrebatase los ojos de todos, y hechizase los de Holofernes, ese fué con el que tocó é iluminó el rostro de la Santa Imagen de su Madre de Guadalupe, para que llevase tras sí los corazones de cuantos la mirasen.

El Bachiller Tanco dice: «En lo que toca á lo material de la Imagen, los mayores artífices del arte de la pintura confiesan y han confesado que la hermosura del rostro con tanta decencia alegre, es inimitable de mano humana, y que es prodigioso el modo de la pintura.»

El pintor Cabrera, cuyo voto nadie puede creer des-

autorizado, dijo: «Estoy persuadido de que hasta ahora no se ha hecho pintura que perfectamente se le parezca, pues la mejor, puesta al lado del original, nos hace ver claramente esta verdad. El dibujo es de tan peregrina extrañez, que por muchos años no se halló artífice alguno, por valiente que fuera, que no quedase desairado en el empeño de copiarla.»

D. José Ibarra, pintor acreditadísimo, muerto en 1756, dejó declarado lo siguiente: «Es notorio que en México han florecido pintores de gran rumbo, como lo acreditan las obras de los Chaves, Arteagas, Juárez, Becerras y otros: el que menos de estos, ciento y cincuenta años há que florecieron, y aunque antes vino á este reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo que introdujo la buena doctrina, que siguieron Juan de Rúa y otros, ninguno de los dichos ni otro alguno pudieron dibujar ni hacer una Imagen perfecta de Nuestra Señora de Guadalupe, pues algunas que he visto de aquellos tiempos, están tan deformes y fuera de los contornos que tiene Nuestra Señora, que se conoce que quisieron imitarle mas no lo consiguieron, hasta que se le tomó perfil á la misma Imagen original, el cual tenía mi maestro Juan Correa, y la ví y tuve en mis manos, en papel aceitado, del tamaño de la misma Señora, con el apunte de todos sus contornos, trazos y número de estrellas y rayos: y de este perfil se han difundido muchos de los que se han valido y valen hasta hoy dichos artífices. He dicho todo esto porque no se entienda que en estos tiempos ha habido facilidad de hacer como se hacen las Imágenes de algún modo parecidas al original en cuanto se pueda, y que los antiguos no pudieron, que ni ahora se pudiera si no hubiera dicho perfil. Prueba



»de que es tan única y tan extraña, que no es invención  
»de humano artífice, sino del Todopoderoso.»

Conde y Oquendo testifica que tampoco han podido hacer una copia exacta de la Imagen «los buriles maestros de diversas naciones, alemanes, romanos, flamencos y españoles,» y añade que las mejores copias «son debidas á los pinceles y buriles mexicanos, bien sea porque estos estrenan sus ojos viéndola con frecuencia, reflexión, afición y estudio, bien sea porque el cielo los haya regalado con esta habilidad privativa y digna del amor que rinden á una Virgen que se les ha aparecido de su mismo color y de su propio traje; haciendo gala del de su nación, con todo el aire de ser su *Reina jurada*, y ejercer los oficios de Madre y Señora, y así gusta de ser solamente retratada por ellos como Alejandro por mano de Apeles, y cada príncipe por las de su pintor particular.»

No obstante, Conde y Oquendo hace la siguiente excepción: «Solamente corren hasta el día dos láminas abiertas por dos buriles, los más excelentes que ha tenido Madrid en este siglo, D. Juan Palomino, y D. Manuel Salvador Carmona, quienes tomando sin duda otras medidas, y valiéndose de perfiles mexicanos, se ajustaron más al original, y no sólo acertaron á copiar á la Santísima Virgen, en grande el primero, y en pequeño el segundo, sino que la sacaron tan airosa y agraciada, como acostumbran hacerlo dentro de México; al menos con arreglo y simetría, sin especial fealdad ni torpeza, nada digna del arte, ni de los ojos que le son aficionados.»

El autor concluye el capítulo que hemos extractado insistiendo en que el Dr. Bartolache no pudo con-

seguir sacar una copia exacta de la Santa Imagen, lo cual había ya predicho al anunciar su *Manifiesto satisfactorio*, causa y origen del circunstanciado y erudito libro del Canónigo Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquendo.